

SALVADOR NOVO

El joven



La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com

COLECCIÓN
Novelas en Campo Abierto
México: 1922-2000

COORDINACIÓN Y EDICIÓN
Gustavo Jiménez Aguirre
y Gabriel M. Enríquez Hernández

El joven

© Herederos de Salvador Novo

D.R. © 2012, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Del. Coyoacán
C.P. 04510, México, D.F.
Instituto de Investigaciones Filológicas
Circuito Mario de la Cueva, s.n.
www.filologicas.unam.mx

D.R. © 2012, Fondo Nacional para la Cultura y las Artes
República de Argentina 12, Col. Centro
C.P. 06500, México, D. F.

Diseño de la colección: Patricia Luna
Ilustración de portada: D.R. © Andrea Jiménez

ESN: 1036212102966898793



No se permite descargar ni imprimir esta obra.
Hecho en México.

Índice

Levantose temprano, alegre. Sentía... 5



Levantose temprano, alegre. Sentía, al respirar, su corazón. Desde el alba, en vez de los gallos higiénicos que hubiera amado oír, había sentido la voz de los autos y el trote mañanero de los carros de leche. Aquel día, el doctor había autorizado su primera salida a la calle. Y él esperó, fijos los ojos en el cielo raso, todas las horas, mientras las gentes de fuera proyectaban un rasguño de sombra de él, inversamente, filtrada en las maderas de la ventana por la que espiaba una amplia primavera. Odiaba las rígidas cucharas. ¡Tantos frascos negros, con anárquico símbolo, habían amargado su boca! Recordaba de memoria su cuarto, con sus dos roperos gemidores en los que sonaban las llaves al cambiar la ropa de su cama en ropa limpia ¡y tan fría!; las cadenas aquellas floreales en que descubría caras y gestos, y que había contado, encogiendo los

dedos al numerar. Y la pared que, de volverse, contemplaba, y en la que le parecía ver tantas cosas.

6 En fin, estaba ya en la calle. A tales horas no es probable sufrir calor ni ver gente. Abrían las tiendas; de las panaderías flotaba un santo olor y había quien ya volviese de misa y quien fuera, temerosa de atravesar las bocacalles, bajo sus años y sus chales oscuros, a la última llamada de la de siete.

Pasaba uno que otro camión. De los pueblos, venía gente de cuadros a establecer repollos y pollos. Cacareaban, atropellándose en la calle recién mojada que subrayaba, aceitosa, la pauta de acero de los rieles. Ya el sol brillaba para los malos, y naturalmente para los buenos también, como un reflector, apenas, antes de conquistar definitivamente el azul aún frío y pegado a las cosas. Sintiose ya bien, en efecto. Sólo aquel corazón que se aceleraba y le latía en las sienes, a ratos. Detuvo un camión. Reconoció al cobra-

dor, que imperturbablemente gritaba, greñado, desde tan temprano y sin cambio siempre. El ruido de la calle era para él armonía sabida. Los trenes urbanos, como personas decentes, con un poco de todo, zafando el trole en las esquinas mientras los rápidos atropellaban los minutos, como nuevos ricos. ¡Todo, todo igual! Algunos carteles recientes. Se prohíbe fijar anuncios. Y los gendarmes de tráfico que instalan su oficina pública, ya al Centro. Bajose.

7 En los almacenes alzaban las cortinas de acero, y desde el fondo, saludaban avalanchas de zapatos. Se instalaban los sitios de autos. Olvidados de la noche anterior, los choferes enjuagaban el coche afanosos, en mangas de camisa, y medían el aire de las llantas. Luego sentábanse, restregando con estopa sus manos, y decían: “¡Listo!” Hubo de retroceder, cauteloso. Pasó, homérico, un camión con una casa adentro. En jaulas, iban loros. Se adivinaban mesas, camas, acaso un piano de cola...

Siguió caminando. Todo lo conocía. Sólo que su ciudad le era un libro abierto por segunda vez, en el que reparaba hoy más, en el que no se había fijado mucho antes.

Leía con avidez cuanto encontraba. ¡Su ciudad! Estrechábala contra su corazón. Sonreía a sus cúpulas y prestaba atención a todo.

Man Spricht Deutsch. Florsheim. Empuje usted. Menú: sopa moscovita. *Shampoo*. “Ya llegó el Taíta del arrabal”, ejecute con los pies a los maestros, *Au Bon Marché*, Facultad de México, vías urinarias, extracciones sin dolor, se hace *trou-trou*, examine su vista gratis, diga *son-med*, Mme. acaba de llegar, estamos tirando todo, hoy, la reina de los caribes. *The Leading Hatters*, quien los prueba los recomienda, pronto aparecerá, ambos teléfonos, consígase la novia. Agencia de inhumaciones Eveready. ¿Tiene usted callos? Tome Tanlac. Sin duda, a pasos lentos, pero su ciudad se clasificaba. Para cada actividad señalada, remedios o gentes especiales. Ya

los helados no son solamente de limón, de chocolate, de fresa o de *amantecado* como solían. En aquel Lady Baltimore las listas eran largas e incomprensibles. ¿Quien no sepa pronunciar osará comerse un *marshmallow puff*? Y los *ice cream* sodas, vasos llenos de espumarajos y con dos popotes, como los acusaba un su amigo provinciano —¡eran de mocha! ¡Y de maple!...

Los últimos, caprichos del destino y deber del joven de la fuente de sodas, saben a *life-savers*. Los *life-savers* tienen el sabor que deja una extracción de muelas. Los dentistas. Estos hombres son especialistas. También lo son aquellas matronas de que hablaba Sócrates y que colaboran en nuestra edición. Los que sólo exploran cataratas, los que curan nariz, oído y garganta; otros aún, cuyo posterior examen a sus clientes no debe de ser muy divertido. Ya los ungüentos no gozan del prestigio que hurtaban a los cirujanos. La extirpación sin operación es ya un hecho... Nuestros antepasados morían de un acervo bien po-

bre de enfermedades; a veces morían del dolor de no haber padecido mal alguno. Y, además, sus pocos disturbios físicos eran curados casi siempre por el doctor Sangredo o por el médico Purgante. Más antes el físico, que curaba todo, o el brujo, que sabía disecar cuerpos, sabían también griego y hebreo y astrología. Hoy hemos descubierto un repertorio brillantísimo de muertes, sin contar las que ocurren por accidentes en la calle, o la fulminación. La soltería, el cinematógrafo, el vegetarianismo, el teléfono y las novelas francesas tienen grande culpa del grupo de las enfermedades mentales. Antaño solo en las novelas o en el teatro moría de amor alguna desdichada; hoy el profesor Freud nos las muestra en la vida cometiendo olvidos, torpezas, equivocaciones, errores, supersticiones... Toda la psicopatología de la vida diaria y de la lucha por los maridos.

Y tanto mal ha producido el individualismo en las mujeres. Cada una se ha descubierto. Es

muy interesante, tiene matices espirituales nunca vistos y usa el sombrero como nadie. Sus ojos son de gata. Una vez leyó un verso que hablaba de los ojos de gata de algunas mujeres. Sobresalen las literatas, cronistas o recitadoras.

¡Treinta años! quién me diría
Y en un vaso, olvidada, se desmaya una flor...

Otra se dedica a la Teosofía. Ésta a seguir los consejos de don Carlos González Peña. Aquélla hace un ensayo inglés a propósito de todo. ¡Es tan finamente sutil, irónica y altiva! Ha leído France, Lorraine y Willy... en traducciones de Luis Ruiz Contreras.

¡Cosa admirable, por inconsciente, esta especialización de labores! Ella ayuda a la sustitución inevitable de unos tipos por otros, a la creación de nuevos géneros de hombres, y contrarresta un poco, en la tierra de don Juan de Dios Peza, los propósitos de José Vasconcelos.

Hay dos grandes muestras de la fuerza que crea dividiendo en nuestra moderna sociedad. El aviso oportuno, en lo moral, y la casta de los choferes, en lo material.

Nadie que use planillas ignora estos dos hechos. Anteriormente a la Revolución, podía leerse entero el periódico, y se podían atravesar las calles. Hoy los diarios dan demasiado papel y los hijos de Ford existen demasiado. Hay solicitudes, ofertas, enseñanzas, y aquella fecunda sección de “Diversos” en *El País*, se ha ramificado clasificando sus 100 pies. ¡Si antes no se ofrecían tantas cosas o no se buscaban en la prensa! Realmente hay poco pundonor en párrafos como éste: “Señora atractiva con capital solicita relaciones con joven fuerte y sin capital. Entrega inmediata. *Altisidora*”. O bien: “Modelo masculino buenas formas, envía retrato a quien desee ocuparlo. *Fedro de Rubempre*”. Y más abajo: “Adorada: Te espero donde ya sabes. Lleva un pañuelo. Tu mocoso”.

¡Esto ya no lo pueden leer las familias! Tampoco debería saberse si Fulano mató a su amante. ¿Qué tiene que saber mi esposa que puede matar a su amante? Y luego los niños que aprenden historia, y en los diarios leen, de reajo, que en la cárcel... heroína... drogas... Si no fuera por el suplemento de los domingos, tan instructivo, las gentes que usan planillas no comprarían el periódico entre semana.

Tampoco existía antes de 1900 ese tipo ágil que constituyen los choferes. Más lejos, en las diligencias y en los coches genéricamente de caballos, los aurigas eran serios, un poco viejos, o gordos o secos, pero siempre con algo de daguerrotipo y de incómoda silla real. Deben de haber olido a la paja que estornudaban sus caballos; eran respetuosos y leales. Sus esposas y sus hijos eran amantes con ellos. Pero las máquinas, este argumento de los socialistas, han relegado a deplorable lugar la domesticidad de los que conducen nuestras almas como si las llevara el dia-

blo. Deben de haber sido los jóvenes, los más perversos del lugar, los que se aventuraran a trepar a una locomotora y aparecieran luego, como el propio enemigo malo, tiznada la cara entre las llamas bramadoras. Y poco a poco fuese creando el tipo de los ferrocarrileros de modo tal que hoy cualquiera los reconoce; de anchas espaldas, con zapatos de tropezón, pantalones anchos y sacos extremadamente barrocos en su fantasía. Lo que más los distingue es el sombrero, de alas cortas, puesto muy arriba y muy adelante de una cabeza con castaña, aderezada con tesón, y que lleva cuatro pedradas. A nivel de los ojos, como quien empuña un barquillo, hacen en su sombrero, al ponérselo, un pico, el último en la historia de los sombreros.

Muy semejantes a los ferrocarrileros fueron resultando los conductores de tranvías. El mismo aspecto. Y la propia tarea de rendir cuentas y de checar boletos numerados. Hace algún tiempo, sin embargo, aún tenían el privilegio de

arrollar de cuando en cuando, en su guillotina eventual, a una que otra María Antonieta con apellido y que iba a la plaza. Hoy resultan tan lentos que ni los suicidas los prefieren.

Ornitorrinco, la bicicleta surgió. Fue chic y hasta rápido usarla en las carnicerías, y los doctores no se desdeñaban de hacer equilibrio sobre aquel toro bípedo y solípedo que no comía ni se entripaba ni podía matar a nadie. Ni a su jinete.

Pero la bicicleta, anuncio de libertad, grito de Dolores contra la tiranía mecánica de los rieles, murió en flor. Hoy sólo las usan los *niños bien* en las calles privadas. Uno que otro señor, si se atreve, va incómodo y lleno de vergüenza. Ya agonizaba en 1905. En los estanquillos hay tarjetas en que, con bombín claro, traje de cuadros y una elegancia muy 1895, un señor le lleva a su amada flores en bicicleta.

Ya los científicos, los que habían visitado Europa, iban al Paseo de la Reforma en coloniales autoedificios marca Renault. Los héroes provincia-

nos —cuya vida y hechos saben algunos maestros de escuela— desde su mohonera, acentuaban su gesto trágico o requerían el sable insurgente o se aseguraban el sombrero o la muleta, al ver pasar, con los caballos en píldoras, aquellas cosas que les hacían taf-taf y les volvían la espalda y un humo incorrecto que les salía por la espalda.

(Estos automóviles —iba a escribir con b— se conocieron mucho en el cine; en vistas panorámicas iluminadas, marca Pathé, de pronto daba vuelta un renault. También en las vistas italianas. A la Hesperia —decana de los argumentos— *pannes* frecuentes le daban ocasión de desesperar desde la portezuela que no podía abrir).

¡Pero en Europa tenían un lamentable concepto de la industria y de la mecánica! Los autos eran casi solemnes; cada pieza costaba mucho y no sabían ponerle “huaraches” a las llantas. Además los choferes, *chauffeurs*, eran lentos, uniformados, y abrían las portezue-

las inclinándose. Por eso nació Henry Ford y anegó de hormigas las calles del universo.

Con la Revolución, por fin, hubo tantos autos —ya rápidos y yanquis— como generales. ¡Qué grandes días aquellos en que la familia, toda la familia del general Aguado iba en su auto a admirar las obras del desagüe! ¡Y los días de campo!

Hudson, súper, *super six*. Entonces, como sobraba ya gente en México, y gente de dinero, se aceptó el auto Universal. Y por 1917 —¿el sincronismo de las invenciones?— se hicieron circular algunos camiones. Se pensó que serían mejores los fuertes y sólidos. Hasta hubo uno de dos pisos; pero —ley creo que sociológica— lo que se ganaba en amplitud se perdía en intensidad; y a medida que se establecían más líneas y que había más camiones, se personalizaban éstos y pasaban de varias marcas a la finalmente adoptada: la Ford. Si fuésemos cubanos hubiéramos dicho “fotingos”. Por una costumbre

muy mexicana de disminuir las cosas lamiéndolas, les llamamos fordchitos.

18 Los numerosos choferes de los generales eran, un poco, revolucionarios también. Por mimetismo se les había hecho cara de bandidos. Usaban sombrero tejano y, generalmente, guardaban algo de dinero. Y cuando el general evacuaba, sus leales choferes compraban un camión con sus ahorros, y con la diaria sisa en las refacciones de las que el general no entendía papa.

He aquí por qué a la Revolución y a Mister Ford debemos una nueva casta que tiene en los rieleros su género próximo, y en la libertad no sujeta a cable ni a riel su específica diferencia. Cuando los camiones eran pocos y no había terminales, no podía notarse. Iban y venían por el 5 de Mayo y se sentía bonito y raro ir brincando frente a cuatro señores y junto a tres. Los letreros eran aún tímidos e imitativos de aquellos de los trenes. Colonia Roma, Zócalo, Santa María, Guerrero... Y adentro, cuando mucho:

“No hay cambio”... Pero en tres años el cambio ha sido verdaderamente asombroso. En primer lugar, los santos ya deben de estar sordos. Se explica uno que Heine diga: “Llamé al diablo y vino al punto”. Y que don Juan repita todos los años: “Llamé al cielo y no me oyó”. Porque en México el diablo no es tan traído y llevado en bocas sacrílegas como la corte celestial. Y esto es culpa del Ayuntamiento, por una parte, y de doña Isabel la Católica, por otra; porque los lazos intangibles de los camiones han unido a don Vicente Guerrero con San Lázaro, y a San Rafael con San Lázaro, y a Santa Julia, la Guayaba y San Cosme, y a Santa María con la herética Roma a través de los Insurgentes.

19

Tráfico tan constante reclamaba una orientación. Y he aquí que vestidos de *policemen*, sobre un banco ridículo, empezaron dos o tres agentes de tráfico. Se hacían enredos; y se proyectaron semáforos. Los primeros decían Siga, en verde, y Alto, en rojo: *Stop and Go*. Luego los trajes

de los inspectores no fueron tan costosos, ellos fueron más y los semáforos se castellanizaron; se les puso un paraguas que funcionaba mal y ahora dicen Alto, Adelante y Peatones; cuando leen lo último todos los que se consideran peatones se adelantan. Otros hay que esperan a que diga otra cosa.

En la carrera de chofer se empieza el escalafón, si es un fordcito, por ayudante; si es un camión, por cobrador. Estos últimos son los más inteligentes. A menudo no tienen diez años y no han ido jamás a la escuela; pero brincan mucho, gritan más y hacen prodigios de equilibrio; crecen, sin darse cuenta saben ya sumar, restar, multiplicar, y manejar; en las largas terminales se enseñan y su voz enronquece y se hace dúctil y persuasiva. ¡Hay lugar, parados! ¡Bueno! ¡Vámonos! Se les diría dados al ínclito gobierno del Estado. Y si no se bañan es porque de las cinco de la mañana a las diez de la noche gritan y cobran. Ya luego sacan su licencia; conocen su

carro al dedillo: el diferencial tiene rota la flecha, las balatas, el chasis... Y de repente asaltan un puesto de lubricantes, y gritan en clave: “¡Diez y uno!”

Hay muchos que al recibir su título se vuelven presuntuosos. Ya no quieren que los apoden el Elefante, el Filder ni el Cachabaz. “Me llamo Manuel”, dicen. Y aquellos que no tienen ambiciones y que los conocieron con un saco-abrigo, los motejan...

Hace poco hubo una fórmula de anuncio en los camiones. Junto a “Pida usted su parada con anticipación”, “Evite peligro” decía; era una asociación contra los choques y los accidentes. Pero en México no prosperan esos *salvation armies*. Los señores Sanborn toman la fórmula: “Evite peligro bronquial tomando Te-colo-tos. Evite peligro viajando en este camión”.

Las escuelas sobran. La observación y la experiencia les han dado el conocimiento. Los de los sitios, sobre todo, que han sido tantas veces

cómplices en el rapto de las Sabinas y de las Juanas. Ya nada les inmuta. Ni que un señor se suba y, cuando no le ven, saque del chaleco una cajita repleta de polvos cristalinos. Ni otras cosas dentro del coche. El silencio es oro. El oro es silencio.

Ahora tenía que comprar algo en una botica y se detuvo en un aparador. No... lo compraría cerca de su casa, en aquel botiquín de una sola puerta en que el boticario usa anteojos y tiene canas. ¡Las boticas! Son como la poesía de Tablada: un sugerente haikú.

Botica,
Droguería,
Farmacia.

En algunas de las tres ramas de esta arca se halla lo que se busca.

Los boticarios son gente amable y tienen excelente memoria. Saben dónde está cada frasco. Tienden a hacerse de confianza con su clientela. No es raro, pues, que cuando un joven que ha comprado ya muchas cosas y que ya saluda al

responsable, le pida, por lo bajo, un poco tembloroso, un gramo de cocaína, el responsable conteste: “Pero sólo con receta se vende, joven, en fin... por ser usted...”. Y ya en adelante, por ser él le venderá todos los gramos que quiera.

Se estremeció involuntariamente, como en las novelas, al pensar que ya el lunes tendría que ir a la escuela. No había ya pretexto para quedarse en casa recortando papeles y clasificando en carpetas pegandas y cartas y retratos de novias. ¡Tener que estudiar! No eran las suyas *Les vacances d'un jeune homme sage*. Ni le quedaba siquiera el consuelo de ser provinciano y de ir cada año al pueblo a asombrar con su bien vestida erudición. A anunciar a sus maestras de primaria que tenía muy buenas calificaciones “y que no había dejado de ir a misa”. A abrazar a un padre testarudo y a una anciana madre hacendosa. A visitar, no más que un rato decente, a la familia cada vez mayor de Julieta, la de las negras trenzas.

Había sentido todo esto a través de las novelas. Y luego lo había palpado en la escuela, donde los muchachos con voz regional reciben cartas a menudo... ¡En tercera persona! Así eran todas sus experiencias.

Una vez fue a pasar la Semana Santa casi a Huehuetoca. A Huixquilucan, donde los misioneros jesuitas fueron a investigar el otomí. La casa de su leal amigo, ¡qué amplia, qué entera! Hasta allá no llegaban aún los clósets en las flacas paredes de apartamentos. Los roperos, repletos de ropa dada de azul, se vencían paternalmente. Los colchones se habían nutrido con la lana de ovejas coterráneas.

Su amigo tenía allí su novia y era saludado por todos con respeto.

—¡Buenos días, Pino!

Era el centro del pueblo. Precisamente, la ilustre casa de Ramírez.

Tenían que volver a la ciudad. Los días pasaban sobre él. Casi no hablaba. Una mañana,

como el inmoralista, se chapuzó en el río. *Des mentes odoraient*. Le dio catarro.

Partieron. Al despedirse de sus recientes amigos y montar a caballo por la primera vez, circuló por su pecho un súbito estremecimiento que nunca antes había sentido y que, rompiendo el aire, se volvió suspiro.

Ya estaba en la escuela. Como todos los años, éste se habían inscrito muchos en el primero. Se hacían grupos; los que llegan de los estados, con su preparatoria positivista terminada, discutiendo el problema del libre albedrío, y cuyos zapatos no son de formas inglesas, se hacen de amigos en voz baja, como quien conspira. Los que salen del Colegio Francés, que llegan ya en orgánica infantería, que usan automóvil y tienen apellidos elegantes. Y, dueños del campo, admiradores del maestro Caso, los que aborta la Escuela Nacional Preparatoria. Estos últimos traen graves problemas: la fundación de una revista estudiantil más frecuente que las anteriores;

la reorganización de la Sociedad de Alumnos y el uso hebdomadario de los baños de regadera. Fuman y discuten. ¡Si ya están en leyes! Ahora llamarán *perros* a los de la preparatoria. Y se apresuran a comprar los textos, “de preferencia en español”, en El Volador.

A los tres meses de estudiar sociología, cuando las citas de Fouillée, de Gumplovicz, de Tarde, les han llenado la cabeza, es de ver su modo de andar. Por las tardes, el café América ventila sus conversaciones.

—Sí, compañero, el derecho se apoya evidentemente en la moral, y mientras no haya una moral universal, el derecho internacional es un mito, es decir, una utopía.

Más allá, los jóvenes poetas, fuman y conversan.

—Pues yo sí encuentro analogías entre Rabindranath Tagore y Gabriela Mistral. Una y otro fueron descubiertos al mundo boquiabierto desde su humilde apartamento. Y ahora los tenéis viajando para que se conozca verbalmen-

te a los admirables autores de *Desolación* y de *Las piedras, las piedras...*

—*hambrientas*.

—Ah sí, *The Hungry Stones*... Esta piedad, ¿no te recuerda a Nervo? Hermana agua, alabemos al Señor...

—¡Pst! Nervo no era filósofo. ¿Has leído sus primeros libros? Apenas era “místico”. El maestro de literatura nos explicaba el misticismo con fray Luis de León y con Mauricio Maeterlinck. Místico no significa religioso. Nuestro verdadero poeta filósofo es el autor de *Los senderos ocultos*:

Irás, Harás, Vendrás, Verás las cosas,
con noble lentitud...

—Esta retórica preceptiva contiene la más alta filosofía. Ni Sócrates a sus jóvenes discípulos les definía tan precisamente sus obligaciones. Prueba de ello las ediciones de Clásicos de la

Universidad. Los *Diálogos* de Platón son estupendos, aunque algo indigestos algunos, como el “Banquete”. ¡Y valen un peso, con pasta inglesa! ¿Ya los leíste?

—No. He estado viendo *Los valores literarios* de Azorín.

—Pues yo desde que leí *Al revés*, he estado leyendo la *Iliada*. Huysmans me sugirió a Wilde y leí *Intenciones*; de allí a Walter Pater y de los estudios griegos al escudo maravilloso de Aquiles Pélida, en cuyo tiempo, por su mal, no había talonarios.

—No hagas chistes gruesos. Ahora, frente a estos restos de café, pensaba en Baudelaire... en Verlaine... en Villon...

—Sí, pero ya va ahí el maestro. Hoy tenemos clases de Económica.

—¿Qué se me da a mí del productor ni del consumidor? Déjame soñar, burócrata; déjame ser romántico. ¿Quién que no es romántico? Se apagó el fuego de mi cachimba.

—Por eso yo prefiero —decía el helenista wildeano— los cigarrillos. Son el perfecto placer porque no dejan nunca completamente satisfecho.

Luego comentan lo que, para ellos, es la última novedad editorial: el libro de prosas breves del joven Ibargüengoitia. “¡Qué visión tan nueva de esta existencia mísera! ¡Qué desprecio a los cánones y qué buen papel! Hizo tirar 30 ejemplares numerados en papel Imperial del Japón...”.

Otro es el grupo que se dedica a la política. Ya se ha visto que, a veces, es muy productiva la presidencia de ciertas federaciones imaginarias. Y se provocan discusiones, se interrumpen las clases y, en asambleas que se toman en serio, los futuros diputados empiezan por invocar la elocuencia del que tenía un chícharo, y dicen que les falta, y que la quisieran tener esa o la de Boileau, o de Dantón, o siquiera la de Castelar, para convencer a su auditorio de que el listón azul es superior al distintivo rojo.

“Nuestra planilla —gritan convincentes— ofrece reducir los planes de estudios, tomar parte en los consejos universitarios, ligar entre sí a las escuelas, fomentar las pensiones y ayudar al iberoamericanismo. Habrá descuentos para los estudiantes en todo lo que los estudiantes necesitan pagar barato. Y contribuiremos a hacer efectivo, entre la juventud, que es la esperanza muy legítima de la patria de Juárez, el lema que ostenta, hoy, nuestra ilustre Universidad: ‘¡Por mi raza hablará el espíritu!’ Los norteamericanos son un pueblo sin educación. La doctrina Monroe, vos lo sabéis, fue un *lapsus linguae*. Debió formular: América para los norteamericanos. ¡Pero no lo consentiremos, compañeros! No volveremos al cine Olimpia. No aprenderemos inglés. Ese pueblo, esa raza de *cow-boys* y *bathing-girls*, desaparecerá; nos alientan Vargas Vila y el Himno Nacional”.

Otra es la Escuela de Medicina. Por allá la literatura muere en los bisturís o se vuelve na-

turalista. Todavía no ha muerto Manuel Acuña. Y las novelas que el Testut permite hojear son de ciertas series fisiológicas que los papeleros sugieren al oído. Sin embargo, el parnaso mexicano no carece de buenos cirujanos. Consúltese la *Antología del centenario*. Y recuérdese que en tiempo del doctor don Porfirio Parra y de don Gabino Barrera, los practicantes de hospital hacían también novelas. El propio doctor escribió *Pacotillas*, novela estudiantil donde muere el protagonista víctima de la tosferina. Y otros doctores han recitado en verso, aunque lo hagan secundariamente y disculpándose en “dos palabras al lector”.

La tesis final los fuerza a redactar una maravilla de discurso sobre el nervio trigémino, y esta tesis, dedicada a los padres del culpable, se imprime con una “fe de erratas”.

Los alumnos de medicina, en lo personal, si lo tienen, son abstraídos y serios; esas alegrías morbosas de echar dedos en los buzones y agua de muerto a los transeúntes son como el

gesto amargo de quien vomita porque le ha hecho daño comer. Su tristeza proviene en mucho de la estrechez con que viven en cuartos en que a menudo hay tres más que roncan, sudan y “machetean”. Estudiantes sin blanca, como en las leyendas; buscan, cuando van ya en tercer año, novia con quien hablar de sus ilusiones; al fin y al cabo abundan ejemplos de médicos que sufrieron hambre durante su carrera y que luego tienen casa propia: se pueden citar... pero lo que no puede citarse es que un porcentaje máximo de doctores no tienen casa propia y se buscan un empleíto... sólo que esto se ignora o no se toma en cuenta.

Los alumnos de medicina son una prueba de admirable tesón. No les arredra nada para clasificar año por año, en su archivo encefálico, cómo se unen los tendones y cómo se llama cada cosa de las insospechadas con que cargamos. Y luego hacen una teoría de la vida y de la felicidad, haciendo depender sus matices de nuestro estado digestivo. ¡A ellos les consta tanto!

A este respecto no son nada pacientes los estudiantes de leyes. En seguida quieren dinero y libertad; para su fortuna, los profesores faltan regularmente, y mientras tanto, ellos se anuncian en alguna antesala en que se lee: “No hay vacantes”, para solicitar empleo. Ahora lo que mandan de casa no es suficiente. Un futuro abogado debe usar sombrero de paja...

Los que van a ser ingenieros no tienen tiempo para obrar. Están encantados porque Comte y Tolsá (no *Tolsa*, ¿verdad, marqués de San Francisco?) los colocaron en el primer lugar de las ciencias y de la ciudad.

Hay todavía algunas escuelas recientes como agricultura, como la ESIME, como la Gabriela Mistral, que aún no forman un tipo claro y distinto; con el tiempo, sus árboles darán su fruto cierto. No tardan las cocineras tituladas y se podrá entonces emprender la “antología de los platillos”.

¿No la querría editar la casa Cvltvra? No, desde luego, en la antología mensual de bue-

nos autores publicada bajo la dirección de José Gorostiza, pero, por ejemplo, con un perico en vez de búho sapiente como *ex libris*. El perico, que exorna los libros menos excelentes marca Cvltvra, puede de repente aturdir al búho con su hablar sin “hilaridad”. Ya se murió el cisne. El búho está ya un poco Urbina. Y el perico, si no se agacha, lo consagran. ¿Existe en México una literatura que sintetice el espíritu popular? ¿Hay *slang*, argot? No se lo pregunta el Doctor Atl. Es un monólogo como los que hallaba censurables el doctor don Francisco Maniau y Torquemada en 1806. El entusiasmo que les despiertan a los pequeños eruditos las ediciones de Vanegas Arroyo y los papeles amarillos y verdes que se declaman en los barrios se ha desmoronado un tanto. Los corridos no son más que cómodos romances imperfectos. Los cuadernitos con carátulas simplicistas no lo son sino a fuerza; tanto es así que cuando en algún diario o en alguna imprenta sobra un clisé fotográfico,

sustituyen por él sus admirados expresionismos, no importa quién sea el retratado.

En cuanto a las canciones cuyas letras venden en hojas, pueden reconocerse si se va a los teatros, en donde puede hallarse también la gracia de hablar con los dos sentidos; el teatro Lírico es una institución nacional. Y el bateísmo, los puestos, el *Aztec Land* y los poetas jóvenes han contribuido a estimular al pueblo. No es cosa del Sistema Best ni de Marcelino Dávalos. Ya a principios del siglo pasado se hacían odas anacreónticas al pulque.

Si el vino se ha acabado,
dame pulque, mancebo;
también el pulque es don
del gran padre Lieo...
...Urania, docta musa,
¡oh, ninfa del parnaso!
Reconoce el olivo
Que en esta frente tengo...

Como se ve, Partenio desahoga las llamas de su casto amor. Clorila toma néctar curado de Lieo, y Fernández de Lizardi escribe un auto mariano con *slang*:

On cosa traigo, Teopixque,
que te lo ha de dar contento;
yo lo soy de Cuautitlán
y me lo llamo Juan Diego

¿Cuándo será que pueda haber literatura mexicana, teatro, novela, canción, música? No ser normales es, en los pueblos, un defecto mayor que en las mujeres ser sietemesinas o gemelas. Que la ontogénesis nos ayude a descubrir que a esta América mía, que palpo toda en el mapa de relieve de mi corazón, le ha faltado algo. ¿Cuándo debieron las hijas de Europa empezar a huirse de su casa? ¿Por qué no tuvimos, como todos los pueblos, primero lo épico y luego lo lírico? Luis G. Urbina y Santos Chocano observan que

el indio tiene una tristeza muy dulce, muy suya, y que hace criollos románticos. Los gachupines puros aquí se vuelven afiladores. Los indios no se bañan. Pero los mestizos se transfiguran en poetas. Lo epopéyico nos salió un poco tarde, ya que se habló del código de Napoleón; pero ya el egloguismo era cadáver, polvo, sombra, nada, cuando el *Diario de México* y *El Pensador* empezaron con indirectas.

No hemos tenido nunca humanismo ni Renacimiento. A Cristo nos lo trajeron ya en ediciones con *copyright*. Hasta que en Guadalupe, Juan Diego tuvo la asombrosa visión; y el tomasino obispo, ya con el cuerpo del delito, trazó los planes que sabéis.

El teatro, la novela, los frescos, todo lo tenía ya Europa; Tezozomoc se había dormido sobre sus algodones. Lo único que producía Tenochtitlan eran esculturas y piedras de los sacrificios que a su vez favorecerían el turismo norteamericano y las excavaciones desconcertantes. De los

Motehcuzomas, uno se dedicaba al tiro al blanco y el otro se daba *manicure*. Sólo Cuauhtémoc puso los pies en polvorosa...

38 Con 10 cañones por banda y el patriotismo exaltado, casi todos los himnos de la América hispana, hechos con la misma inquietud, al recuerdo quemante de las encomiendas y de la inquisición vergonzosa y del yugo español, hablan de un osado enemigo y de morir en los combates, al recuerdo de los héroes, y envueltos en la insignia sin mácula.

El cine ha sufrido en México alientos grandes y graves desalientos. Cuando se dispuso de la fotografía animada, se echó mano de la literatura con historia. ¿Quién no vio el circo romano y las grandes galeras, de muchos remos? En Francia abundaban los hechos de Zévaco que poner en claroscuro. Los reyes eran reales, comprensivos, y firmaban sentencias con pluma de ave. Los pajecillos se inclinaban. Catalina de Médicis conspiraba tras una puerta...

¡Todo Víctor Hugo! Luego, cuando se prefirió el cine incoloro, argumentos tiernos —siempre en Francia— en los que se dignaba actuar M. y Mme., de la Comédie Française. Celos, 39 dudas. El artero anónimo y la esposa inocente... el hijo que se enferma y cuya muerte une para el bis a los esposos condenados por desconfiados...

Luego la jetatura y el mal fin. Vistas hechas al itálico modo en que la heroína era como ella sola de original. Y la primera salida de Emma Padilla, la Menichelli mexicana —el Califa de León, el Tigre de Santa Julia— con los párpados en tercera velocidad. Al ver que en Francia las actrices filmaban por deporte, Mimí Derba fundó la Azteca Films, con María Caballé, en *Defensa propia*, argumento que hubiera sido una opereta aceptable.

Vinieron luego muchos otros desfiles de matronas teatrales. Y con el éxito de los grandes episodios, se filmó *El automóvil gris*.

El sabio Federico de Onís dijo una vez que en español no se puede decir *standard*; lo decía a propósito del Quijote, la Celestina, el Alcalde de Zalamea, el Cid. Tipos únicos y todos diversos. Así eran las películas europeas. Pero la vida dice: no hay un alma en cada abeja, mas tiene un alma el rumoroso colmenar. Y las películas americanas, esas sí *standard* por quien sabe qué reglamento, hicieron triunfar a la virtud por encima de todo, en un beso final. La tragedia es la más alta manifestación del arte. No el sainete, el pasillo, el entremés, ni la petipieza en que no hay situaciones fuertes, en que Sancho lleva a Teresa la nueva de su ínsula... A pesar de Aristófanes y de Bernard Shaw, nos estremecen Sófocles y Bretón de los Herreros...

Pero el cine californiano no es casi nunca nunca *accurately* intencionado en su efecto. Confía en que el pueblo —*in God we trust*— conocerá a sus muchachos y se conseguirá el *keep smiling* aun con los aprietos que pasa Juanita Hansen en

la cueva de los pieles rojas. ¡Faltan seis episodios en dos sendas partes! No pueden matarla. Además, su novio anda cerca; y el público tiene la digestiva seguridad de que todo será *fixed up*. Este optimismo se le debe en mucho a Orison Sweet Marden y al propio Smiles. El viaje de Coué a los Estados Unidos fue todo un éxito. Todos saben *jokes*, a propósito de la *Christian Science*... Ha de ser de Franklin la fórmula: “No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy”. Porque para el americano del norte, el ayer es cosa poco sabida. Con motivo de la guerra europea y de la supremacía norteamericana, se le ha pensado igual a Roma. Y el problema del imperio vuelto república ha dado ocasión a los profesores de *Ancient History*, todos ellos *Ph. D.*, de escribir libros a propósito del paralelo ascendente de la Unión con la Roma Augusta. Pero sólo los *Ph. D.* —no escasos, por otra parte— no ignoran que Roma existió. Ahora, con Valentino, Pola Negri, la Nazimova y otras estrellas extran-

jas, se ha descubierto a Balzac y a su correlativo Dickens, por supuesto que optimizados...

42 El pueblo “de allende el Bravo” descubre el pasado ocasionalmente. Nosotros descubrimos el presente, tan exterior a nuestra vida, tan casualmente como ellos la historia. Por eso nuestra cultura se detiene en 1900 y es, sobre todo, francesa.

En Estados Unidos —y en Inglaterra—, ¡cuántos libros y cuántas revistas de libros *amazing!* Hojéese el *Times*, hojéese el *New York Times Book Review* y los incontables magazines de cine, de teatro, de dibujo, de geografía, de gimnasia, de *home economics*... En Francia había el *Je sais tout*, forma enciclopédica. Así en España Calpe, en Centroamérica García Monge y en México los Loera y Chávez —se ofrece por meses la cultura antológica *Le Ultime Lettre di Jacopo Ortis*, el *Werther*, *Los favores del mundo*, *La importancia de llamarse Ernesto*... En Leipzig se publican las ediciones Tauchnitz, que aquí cuestan 50 céntimos, en Italia hay ma-

nuales Hoepli... Son cosa sabida; pero hay que notar las admoniciones en los periódicos americanos. En un tranvía, junto a un joven con traje *Kuppenheimer*, están sentados Dante, Homero, Shakespeare, Goethe, Hugo... Como si fuesen a un baile de máscaras. El joven lee, y el aviso es que si no ha leído a esas gentes, no debe considerarse sólidamente culto. *Take your pick! Pocket editions, 5 cents each.* Y junto a ese anuncio un sugerente. “¿Es correcto el inglés de usted? ¿No comete errores al hablar?” *Your English is your trade mark*... quede a Bernard Shaw distinguir entre los *English and American dialects*. Félix Drinkwater habla como puede. Y en un rollo reciente para pianola, *Worlds Roll*, se elogia la vida del campo y se dice: ...*There the boys and the girls all say dese, dose and dem*... ¿Y por qué no han de componer su propio lenguaje los que han fabricado todo lo suyo? Europa inventó ladrillos y ellos alzaron rascacielos. Italia les mandó a Caruso y ellos grabaron discos con sello rojo.

Pues que Inglaterra les dé raíces inglesas y ellos hagan de su capa un sayo...

44 Ya oscurecía sobre la ciudad. Los periódicos de la tarde decían cosas tremendas. ¡Muerte del general Fulano!; ¡la ciudad quedará sin agua! ¡El gobernador de Doublecross Town ha hablado del reconocimientoooo!

Y se perdían las tiernas voces cuyo futuro desvela a los filantrópicos.

Se presentían las seis en las oficinas. El caer de la última letra en el oficio urgente; luego sacar el papel, prenderle un clip y ponerlo en el gran escritorio. Cerrar la máquina y emparejarse el polvo, ya al salir en bandadas encantadoras.

El jefe se queda un poco, naturalmente, y parece pensar. Los empleados, soplando humo, cepillan con garbo el traje de sus sueños elegantes.

Y todo el mundo, más o menos, iría a llenar la avenida Madero. Ya la enredosa señora Calderón de la Barca notaba esta costumbre jurídica de pasarse revista por San Francisco. Estarían

en El Globo, en Sanborn's por el Iturbide, los “grupos bobos” de que habla con tan asombrosa propiedad el Duque Job. Las señoras, de compras durante la tarde, saldrán presurosas de las tiendas sin haber comprado nada. Telones lentos de acero. Al pasar por el Salón Rojo, un gajo de ópera tocada en la marimba. Y, guardián de El Globo, aquel imponente señor a quien sus alegres colegas han puesto un nombre tan cruel...

Se murmuran cosas muy graves de ese y de otros señores de edad que también se exhiben alineados. Es muy probable. Aunque ya debe de hacer tiempo, en sus años mozos visitaron la Ciudad-Luz. ¡Y allá dicen que son tan *raffinés*!

Pasan en ómnibus las actrices un día de moda. Y los autos de las familias, con mazorcas de chicas inmóviles y *flappers*, como han visto los figurines. Apenas si torciendo un labio, saludan a aquel señor. Pero él ¡se pone tan contento! ¡Ya verá esa niña lo que es lujo si le toca el grande en la Nacional de que tiene dos huerfanitos, que un

jorobado le ofreció...! El dueño de una zapatería, de aptitudes enciclopédicas, ahora defiende en inglés un par de zapatos. Luego se exhibe en mil formas la habilidad manual indígena al servicio de otra habilidad no manual ni indígena. *Mexican curious*. Y por fin en la Maison de Luxe, muchas señoritas con cólicos en los aparadores.

Sanborn's, The House of Tiles, se atesta de la misma gente. Hay displicencia en los pedidos y en las actitudes. ¡Qué México! Se aburre uno. ¡Todas las tardes té, mermelada! ¡Y ni siquiera se puede hablar de algo nuevo que le haya sucedido a alguien! Fumar... esta boquilla está esmaltada. Parece que las pavas reales van a poner entre las lámparas...

Discos Víctor. Ese joven amable es, realmente, un tipo de cine. En su casa andará en pijamas. Sabe el catálogo reciente. ¿Pero cómo hará para peinarse tan lisa y llanamente?

Lady Baltimore. El joven de la fuente antes se llamaba precisamente Narciso. Ahora dos ni-

ños toman *sundaes* de cereza en sillas de juzgado. Ya a las siete y media no hay lugar. Ni modo de comer parados. Y aunque por disminuir los atractivos del lugar no hay música, esos jovencitos que han tomado unos té y otros nada, fuman como si nadie existiera.

Crisis del paseo en automóviles. Los cláxones se contestan como gallos. Y hay que saludar, porque sonríen los jóvenes que manejan sus ahorros.

Las 10. Los teatros se abrían. Los cines supuraban familias. Un tren lo encaminó a su casa. El gendarme roncaba. Los chicos incunables se arropan en carteles que ya no sirven. El día impreso los envuelve: todo habrá cambiado mañana; todo lo que nos preocupa.

“Lo que hice hoy —dijo el joven soltando sus zapatos— no tendrá ya objeto mañana. Hay cosas invariables, que gustan siempre. Tengo sueño. Siempre me gustará dormir. Pero mañana se habrá muerto alguien. Hay estadísticas como leyes —no leyes mexicanas— que se cum-

plen siempre. Yo puedo ser alguien y morirme.
¿Qué es un siglo para san Pedro? Sería divertido
que yo resultara objeto de investigaciones. Se me
48 acusa de ser muy alto. ¿Y por qué no habían de
equivocarse los eruditos?”

El joven, de Salvador Novo,
se terminó de editar el 21 de
junio de 2012. En su compo-
sición, a cargo de Patricia
Luna, se emplearon tipos
Sabon de 23 puntos.



